

# Interiorización e ideología en la poesía final de Juan Ramón Jiménez

1. Estas consideraciones parten de unas premisas teóricas bien conocidas y de unos datos objetivos típicos de la poesía de Juan Ramón. La concepción poética de Juan Ramón opera como un filtro que deja ir hacia sus versos sólo determinadas experiencias y que las proyecta hacia también muy concretos modos de expresión. Ambas cosas configuran su poesía, en realidad como ocurre en cualquier otro poeta.

Intentar reproducir el proceso por el que se origina esta experiencia poética, sin limitarnos al mero análisis del producto final —los versos—, implica sustentar una teoría de la literatura como hecho histórico. No son sólo sus poemas sobrecogedoramente exentos, eternos, lo que nos interesa, sino esos poemas —con toda su carga estética— como producto ideológico.

Pero claro está que no podemos hacernos la ilusión de dilucidar ahora este proceso. Es enormemente complejo el ideal estético de Juan Ramón que opera sobre sus versos. Determinaciones históricas, culturales, geográficas, biográficas, etc., configuran su ideología. Podemos hablar del desarrollo de la poesía modernista, de su exquisita educación, de su andalucismo, de sus avatares de adolescente desplazado, etc., y así, poco a poco, ir cercando su obra. Pero nadie se atrevería a subrayar uno solo de estos hechos como prefigurador de su obra, todos constituyen una postura ideológica desde la que —y no vamos ahora a la vertiente de su obra— se radicalizan algunos aspectos, los que dan por resultado su poesía: selección, negación histórica, interiorización, deificación y panteísmo... Todos los aspectos nucleares de su obra.

En razón de esta evidente complejidad y de las circunstancias mismas de mi relato, me voy a centrar en un solo aspecto: el proceso de interiorización que se produce en su etapa final. Me referiré primero al modo de expresión poética que soporta esta experiencia y apuntaré luego brevemente el carácter ideológico que, a mi parecer, posee.

2. El lector de los últimos libros de poesía de Juan Ramón suele observar ya en su primer encuentro con aquellos versos que existe una reducción embellecedora de la realidad, que la vida se ha transmutado al hacerse experiencia poética y ha cobrado una dimensión característica. En términos muy generales podríamos decir que se hallan ausentes de aquellos versos los rasgos que llamaríamos más realistas: lo cotidiano vulgar, lo circunstancial, lo feo, lo pintoresco, lo humano ajeno, lo histórico y geográfico, etc. Por el contrario, la experiencia poética ha primado lo esencial, genérico, universal, simbólico, bello, etc. El mundo real se ha deshecho, ha desaparecido, la experiencia del poeta toma carácter telúrico, filosófico, transcendente. Pues bien, el correlato de esta transmutación de la vida toda es:

- A nivel de la experiencia poética: la interiorización, la presentación de todo como recreado en una hoquedad intemporal trabajada por la inteligencia mediante la palabra.
- A nivel expresivo, al estilo de la poesía juanramoniana: selección embellecedora del léxico y la sintaxis, abundante uso de campos léxicos abstractos y genéricos, tendencia por tanto a la conceptualización, con algunos resabios neologistas cuando el correlato entre el concepto que recrea la realidad interior y la propia realidad no es absoluto (“sonllorante”, “circumbre”, “soñeando”, “ultratierra”, perspectivas “ciudadales”, “cuerpialma”...).

Lo abstracto y lo esencial encuentran, desde luego, su modo de ser más fácil, más adecuado —yo diría: su caldo de cultivo— en el hueco de esa interioridad cada vez más honda y consciente, más socavada por la inteligencia. Nada más lógico en la poesía final de Juan Ramón que esa armonía entre el estilo, los temas, la perspectiva poética y, en definitiva, la ideología. No olvidemos, para lo que aquí nos interesa, lo que tiene todo ello de sumisión, olvido y renuncia:

Y salto de la noche  
a mi cobijo que era mi verdad,  
la verdad del resigno del conforme.  
(“El azul relativo”, de *Animal de fondo*).

Lo que tiene todo eso de desesperada búsqueda de soportes eternos y esenciales renunciando a encararse con su propia vida, con su propia historia:

Por esto hemos venido (Cae todo  
lo otro, que era luz provisional).  
(“Su sitio fiel”, de *Animal de fondo*).

Lo que tiene, en fin, de idealismo extremo:

Gracias, muerte, porque he podido  
sostenerme en el mar del idealismo.  
(“Vida, gracias, muerte”, de *La estación total*).

A veces expresado en versos —muy bellos, sí— de tremenda claridad ideológica:

en este mar  
(desierto más que nunca de hombres).  
(de *Animal de fondo*).

Cuando Juan Ramón se abra definitivamente al pozo de su interioridad:

Aire azul con sol azul,  
pozo de absoluta luz  
con brocal de peña nueva,  
a tu fondo mi ser vuela  
inflamado de alcanzar  
la alta profundidad  
(“Sima extraña”, de *La estación total*).

Cuando lo haga, mediante la palabra y la inteligencia, creará un mundo idílico y transmutará sus sentimientos adolescentes y modernistas en esencias. Como un dios recreará, esta vez con exactitud, conformará, moldeará, al margen de la realidad:

¿Qué me importa, sol seco?  
Yo hago la fuente azul en mis entrañas.  
(“Creador segundo”, de *La estación total*).

Toda su evolución poética puede contemplarse en función de este para él gozoso hallazgo. Significa poder alejarse de aquel mundo idílico y sobrecargado de su poesía inmediatamente anterior, en el que la ansiedad del poeta se traslucía en el amontonamiento, en el caudal incesante y cansino de belleza trasplantada tal cual a partir de cosas, escenas y experiencias reales:

Esta conciencia que me rodeó  
en toda mi vida,  
como halo, aura, atmósfera de mi ser mío,  
se me ha metido ahora dentro.  
(“La fruta de mi flor”, de *Animal de fondo*).

La interiorización cambia todo: “Todo se ve a la luz de dentro, todo es dentro...”, dice en el “Fragmento primero” de *Espacio*. Lo que no se podía encontrar en ese amontonamiento barroco de fuentes, jardines, cascadas, crepúsculos..., se ve como posible no en el extremo idealismo de una interioridad inventada, sino en la propia actitud del poeta como creador sin fronteras.

El hallazgo, decíamos, es definitivo para la poesía de Juan Ramón y es gozoso. Enseguida se produce un conocido proceso de ensimismamiento: han sido la poesía —la palabra— y la inteligencia del poeta quienes han hecho posible este horizonte de creaciones ideales:

¡Oro en mi frente envolvedora,  
oro en mi corazón total!  
(“Luz y negro”, de *La estación total*).

Su propia figura se engrandece, ahora es, más que nunca, el genio creador:

Yo soy el único  
que podrá consolarte, sol,  
con mi grandeza interna,  
mayor que tu grandeza interna...  
(“Con tu luz”, de *En el otro costado*),

que ha encontrado lo que quería y ofrece este modo de ser y de actuar como modelo:

Si sigues tu voluntad  
un día podrás reinarte  
sólo en medio de tu mundo.  
(“El ejemplo”, de *La estación total*).

Sólo cuando este proceso se entiende, todo el quehacer poético de Juan Ramón puede explicarse y cobrar sentido todos aquellos juicios acerca de su panteísmo, conceptismo, poesía total... Conviene subrayar al respecto: 1.º) que es una actitud que refleja la voluntad y la ansiedad del propio poeta, sumido hasta entonces en un quehacer poético insatisfactorio en este sentido; 2.º) que es un cambio radical en el modo de expresar su ansiedad frente a la poesía anterior.

El hallazgo de un mundo abierto, el de su interioridad, en donde son posibles las hipérbolas sentimentales, las negaciones lógicas, los estragos de la belleza, los descalabros del tiempo, etc., es, primero, un hallazgo personal, claro; pero también es un hallazgo poético del que se van a servir, como es bien sabido, todas las generaciones de poesía sucesivas y que se involucra meridianamente con los horizontes poéticos de aquellos años. Pero volviendo al caso concreto de Juan Ramón Jiménez, todo esto era imposible en tanto siguiera expresándose poéticamente a partir de modelos reales. En ese desprendimiento místico de la realidad, de la historia, en ese aniquilamiento que opera en su interior de todo lo creado para rehacerlo según sus sueños, según un peculiarísimo sistema de valores en torno a la belleza, está la raíz de toda su poesía final.

Soledad, plenitud, belleza, creación, búsqueda gozosa e incansable dentro de sí mismo, “encendido de armonía”. Juan Ramón ha encontrado “un alma de valores armoniosos / mayor que todo nuestro ser” (“Mirlo fiel”, de *La estación total*). Ha llegado “al imposible eterno de la vida” (*id.*).

Por lo demás, la tradición retórica, y en general literaria, acude puntual-

mente a la expresión poética de Juan Ramón para elaborar sus versos. En estas mismas jornadas de homenaje al poeta de Moguer he oído a Rogelio Reyes referirse nada menos que al trasfondo platónico de su ideario, o hablar de los “valores inmanentes”. Es normal, la tradición literaria surge de las fuentes para la expresión ideológica buscada, y esas fuentes son ahora las de las corrientes animistas y neoplatónicas en las que este ideario encuentra sus soportes conceptuales y poéticos. Verbo y gracia: el topo más evidente casi de toda su producción literaria, el del paraíso o, si se quiere, el del locus amenus. Hablábamos de una conciencia gozosa por el hallazgo de esta interioridad de horizontes infinitos. A ella se refiere a menudo como “paraíso completo” (“Por fuego”, *En el otro costado*), o ella se describe precisamente en términos paradisiacos. En ese paraíso donde “todo es sombra de otro lado / que no acaba” (“Por eso nunca”, *En el otro costado*), el mundo recreado tiene aires de mundo idílico en el que poéticamente reaparecen los elementos cósmicos —luz, espacio, aire, mar...— o los de la naturaleza —tronco, flor, río...— y apenas esos sólo, en exquisito grado de perfección. Se trata de cuadros impresionistas, a veces, como éstos:

No, esta dulce tarde  
no puedo quedarme;  
esta tarde libre  
tengo que irme al aire:  
Al aire que ríe  
abriendo los árboles,  
amores a miles,  
profundo, ondeante.  
Me esperan las rosas  
bañando su carne.  
¡No me claves fines;  
no quiero quedarme!  
(“Con las rosas”, *Belleza*).

Con su clásica adjetivación platónica aquí y allá: la noche inmensa, el árbol verde, frescas alas libres, cielo inexpressable, cielo alto, etc.

Por otro lado, y con referencia a la tradición retórica, me parece relativamente fácil hacer un análisis de su modo de expresión desde esta perspectiva, detenerse ante ese arte inteligente y audaz que se desarrolla en todos sus últimos libros de poesía, porque —como dice el poeta— ese descubrimiento de “embelesadoras galerías”, “nos hace la vida suficiente” (“Mirlo fiel”, *La estación total*). Juan Ramón inventa, recrea, idealiza en pocas palabras. Ha pasado a ser “un ser diminuto que se ensancha” (*id.*). Y este ensanchamiento se produce por la asimilación constante y el trasvase de lo bello, lo hermoso, lo bueno a su mundo interior. La variada y abundante gama de matices expresivos que gravitan sobre este motivo constante enriquecerían el más completo de los repertorios:

¡Echa la luz a tu sombra,  
que entre en tu fondo  
la aurora!

(“A la grisa”, de *La estación total*).

¡Qué final! Este sería  
el ser de todos los fines;  
todo quemándose en mí,  
y yo con todo, ascua libre.

(“Libre de libres”, de *En el otro costado*).

Pero, claro está, que es algo en lo que ahora tampoco vamos a entrar y que, además, está apuntado aquí y allí por la crítica.

3. Intentaré referirme ahora brevemente al trasfondo ideológico que me parece observar en este corpus poético, rápidamente caracterizado según unos rasgos —los que a mí me interesan, claro está— muy significativos al respecto.

Desechábamos al comienzo como impertinente ahora el estudio exhaustivo de las determinaciones de su obra (biografía, historia, contexto literario, etc.), para intentar afiladamente ir al cogollo de la cuestión. Porque, en efecto, todos estos rasgos apuntan en una clara dirección: la anulación aparente de toda clase de valores ante su ideario poético, la enajenación interior como modo de existencia, el culto a la potencialidad creadora del hombre en sus aspectos más ideales, la ansiedad de valores eternos o consolidados, etc. Y todos estos rasgos constituyen, además, índices comportamentales de historia conocida: “El todo eterno que es todo interno” (*Animal de fondo*), según la feliz paronomasia del poeta. Veamos algunos.

El descubrimiento poético de la interioridad arranca en España, como es bien sabido, del período renacentista, y es desde entonces un irrenunciable motivo poético de toda la literatura occidental, o de otra manera: se constituye desde entonces en tópico temático. Los diversos matices con que se incide desde entonces en este tópico son muy variados. Dentro de nuestra propia tradición, el ensimismamiento absoluto para recrear desde esa hondura abismal una nueva realidad ocurre en San Juan de la Cruz, en la España más dura y conflictiva, la de la segunda mitad del siglo XVI. Como a veces se ha explicado, se trata de una huida interior. Vuelve a ocurrir ese ensimismamiento en la poesía final de Juan Ramón, bien que con otras características, claro está, y no en balde podríamos recordar las veces que el propio poeta o sus críticos se han referido al misticismo para explicar esta etapa final de su poesía. En todo caso se trata de una voluntaria inmersión en la síma subjetiva, en el “alma”, que produce una sensación de goce, de delicia y satisfacción al margen de cualquier circunstancia histórico-social.

Esta actitud poética se eleva, en el caso de Juan Ramón, explícitamente —y yo diría que muy lógicamente— a actitud ideológica: es decir, funciona también como postura ética y como norma de existencia. La anulación radical

de todo lo demás ha configurado, como tantas veces se ha dicho, su imagen histórica: es el "poeta puro". Y recordemos que el poeta predica verdaderamente la enajenación interior como modo de existencia. Es como si Juan Ramón hubiera sido mucho más clarividente que otros colegas y hubiese aceptado su discurso poético como discurso ideológico: "Para mí todo es o puede ser belleza y poesía, expresión de la belleza", anota en *Animal de Fondo*.

De esta manera se sacian sus ansias de valores eternos, seguramente cuando la crisis de la ideología burguesa era mayor, se inhibe de las circunstancias históricas que los discuten o los cambian, y los recrea dentro de él, se inventa a sí mismo como hacedor de la belleza, la luz y la verdad..., cuando belleza, luz y verdad históricamente se presentan como muy relativos. Su deificación confiere a estos valores el carácter de eternos y absolutos. La densidad ideológica del discurso poético de Juan Ramón Jiménez es, desde este punto de vista, directa, tremendamente efectiva.

Tampoco me parece demasiado complicado confrontar la actitud poética de Juan Ramón, la actitud ideológica, ese aferramiento final absoluto a "lo suyo", a un sistema de valores de claras raíces históricas, con vacilaciones ideológicas profundas en la España de su tiempo. Y explicar por ese juego poético, silencioso, su poesía. O reconstruir la constelación poética de la España de aquellos años. Así, frente a la evolución poética de algunos contemporáneos —pienso sobre todo en la humanización de la poesía de Antonio Machado— los versos de Juan Ramón se yerman, se agostan en su propia belleza, se deshumanizan: "Voy hacia mi movimiento detenido" ("Río-mar-desierto", *Animal de fondo*), se detienen, buscan una eternidad imposible a base de negar sistemáticamente cualquier mácula histórica. O qué fácil el camino crítico para explicarnos apartamientos y entusiasmos en torno a la obra poética de Juan Ramón al aire de vaivenes ideológicos.

Hasta ahora he intentado mantenerme al margen de cualquier tipo de valoración. A mi modo de ver, el valor y sentido de su poesía estriba en comprenderla así, conjuntamente, como fenómeno poético histórico de redes complicadas. Comprender que se trata de un ejemplo supremo de ensimismamiento de alguien que quiso desligarse de la vida y de la historia, defendiendo a ultranza —por la palabra y la inteligencia—, recreando gozosamente, un sistema de valores en los que creía ciegamente. En modo alguno se puede negar, claro está, la zambullida gozosa en ese mundo poético contemplado como objeto estético de muchos quilates, acabado para siempre, como fuente de deleite y meditación de generaciones y generaciones de lectores.

**Pablo Jauralde Pou**

Universidad Autónoma de Madrid